

**Dani Rodrik**

***China como Bogeyman económico***

*Project Syndicate*, 9 de julio de 2020.

CAMBRIDGE (USA). – A medida que la COVID-19 se extendía desde China a Europa y luego a los Estados Unidos, los países afectados por la pandemia se encontraron en una lucha enloquecida por los suministros médicos: máscaras, ventiladores, prendas protectoras. A menudo, fue a China a la que tuvieron que recurrir. Cuando estalló la crisis, China se había convertido en el mayor proveedor mundial de productos clave, hasta representar la mitad de todas las importaciones europeas y estadounidenses de equipos de protección personal. "China ha sentado las bases para dominar el mercado de suministros médicos y de protección durante años", según informes recientes del *New York Times*.

Cuando China se volvió por primera vez hacia los mercados globales, tenía la baza de disponer de suministros prácticamente ilimitados fabricados por mano de obra de bajo costo. Pero, como todo el mundo reconoce a estas alturas, la destreza manufacturera de China no es el resultado de fuerzas de mercado sin restricciones.

Como parte de su política Made in China 2025, el gobierno chino promovió un ambicioso aumento de la participación de los productores nacionales en los suministros médicos globales. El informe del *New York Times* explica en detalle cómo el gobierno proporcionó tierras baratas a las fábricas chinas, extendió préstamos subsidiados, dirigió a las empresas estatales a producir materiales clave y estimuló las cadenas de suministro nacionales al exigir a los hospitales y empresas que usaran productos locales.

Por ejemplo, Sichuan, la segunda provincia más grande de China, redujo a la mitad el número de categorías para las que se permitieron importaciones de equipo médico. La mayoría de los hospitales estaban obligados a obtener todo a nivel local; sólo los mejores hospitales estaban autorizados a traer suministros del extranjero.

Los medios occidentales están ahora repletos de relatos sobre el "impulso de China para dominar importantes engranajes en la maquinaria industrial global", en palabras del *New York Times* de nuevo. Cada vez más, el papel de China en la economía mundial se describe en unos términos que no evocan un *comercio suave* sino la agresión imperial. El creciente autoritarismo del presidente chino Xi Jinping y la escalada de los conflictos comerciales con los Estados Unidos obviamente también forman parte de esta narrativa. Las tensiones estratégicas y geopolíticas entre Estados Unidos y China son reales. Se basan en el creciente poder económico y militar de China y en la renuencia de los líderes estadounidenses a reconocer la realidad de un mundo necesariamente multipolar. Pero no debemos permitir que la economía se convierta en rehén de la geopolítica o, peor aún, que refuerce y magnifique la rivalidad estratégica.

Para empezar, debemos reconocer que un modelo económico mixto, impulsado por el Estado, siempre ha estado en la raíz del éxito económico chino. Si la mitad del milagro económico de China refleja su giro a los mercados después de finales de la década de 1970, la otra mitad es el resultado de políticas gubernamentales activas que han venido protegiendo a las viejas estructuras económicas, como las empresas estatales, mientras que las nuevas industrias se han generado a través de una amplia gama de políticas industriales.

El pueblo chino fue el principal beneficiario de estas políticas, por supuesto, experimentando la reducción más rápida de la pobreza en la historia. Pero estas ganancias no se lograron a expensas del resto del mundo. Lejos de eso. Las políticas de crecimiento que hoy despiertan la ira de otros países son la razón por la que China se ha convertido en un mercado tan grande para los exportadores e inversores occidentales.

Pero, ¿no son injustas para los competidores de otros lugares las políticas industriales chinas, como las desplegadas en los suministros médicos?

Debemos tener cuidado antes de llegar a dicho veredicto. La justificación estándar para la política industrial es que las nuevas industrias producen efectos de contagio en el aprendizaje, externalidades tecnológicas y otros beneficios sociales amplios que hacen deseable el apoyo estatal. Pero muchos economistas occidentales suponen que los gobiernos no son muy buenos para identificar las industrias que merecen apoyo, y que los consumidores y contribuyentes nacionales cargan con la mayor parte de los costos. En otras palabras, si la política industrial china ha sido equivocada y mal dirigida, es la propia economía de China la que ha sufrido por ello.

Por la misma lógica, si las políticas chinas se han dirigido efectivamente a actividades en las que las prestaciones sociales superan los beneficios privados, produciendo un mejor desempeño económico, entonces no está claro por qué los extranjeros deberían quejarse.

Esto es especialmente cierto cuando la externalidad en cuestión es global, como en el caso del cambio climático. Los subsidios chinos a los paneles solares y turbinas eólicas han producido una disminución en el costo de las energías renovables, un enorme beneficio para el resto del mundo.

La economía de la política industrial puede complicarse en presencia de monopolios y empresas dominantes en el mercado. Las políticas industriales pueden restringirse justificadamente cuando permiten el ejercicio del poder del mercado a expensas del resto del mundo.

Pero rara vez se acusa a los productores chinos de mantener los precios al alza, que es el sello distintivo del poder de mercado. Más a menudo, la queja es la contraria. Estas consideraciones probablemente se aplican más a las empresas estadounidenses y europeas que con frecuencia son los actores dominantes en los mercados de alta tecnología.

Nada de esto es un argumento para que otros países se queden de brazos cruzados mientras China avanza hacia un tejido industrial más y más sofisticado. Estados Unidos, por ejemplo, tiene una larga historia de política industrial exitosa, particularmente en tecnologías relacionadas con la defensa. Ahora hay un amplio acuerdo en el espectro político estadounidense de que el país necesita una política industrial dirigida hacia los empleos de calidad, la innovación y una economía verde. Un proyecto de ley avanzado por el principal representante demócrata en el Senado de los Estados Unidos, Chuck Schumer, propone gastar 100.000 millones de dólares en los próximos cinco años en nuevas tecnologías.

Gran parte del nuevo impulso a la política industrial en Estados Unidos y Europa está motivado por la "amenaza" china tal como es percibida. Pero las consideraciones económicas sugieren que este es un enfoque equivocado. Las necesidades y los remedios se encuentran en el ámbito doméstico. El objetivo debería ser construir economías más

productivas e inclusivas en el país, no simplemente para superar a China o para tratar de socavar su progreso económico.

---

Dani Rodrik, profesor de Economía Política Internacional en la Escuela de Gobierno John F. Kennedy de la Universidad de Harvard, es el autor de *Straight Talk on Trade: Ideas for a Sane World Economy*.